

4: MI VIAJE A NICARAGUA

La Juventud del Autor — Buscador de Oro en California — Para Nicaragua — El Vapor Sierra Nevada — Problema a Bordo — Llega a Granada — Ingres a al Servicio Militar — Enviado a Ometepe — Masaya — La Fiesta de San Jerónimo.

Nací en hogar de pioneros, dos millas y media al sureste de la aldea de Paynesville, en el condado de Pike, en Missouri, el 30 de Septiembre de 1830; soy, pues, oriundo de Pike. Mi padre, John Carson Jamison, emigró de la Carolina del Norte a Missouri en época remota.

Durante mi adolescencia, los muchachos de mi Estado natal se morían de las ganas por viajar a lejanas tierras en busca de fortuna y de emocionantes aventuras.* La guerra con México y los triunfos de los coroneles A. W. Doniphan y Sterling Price, acaudillando a los voluntarios missurenses, despertaron un enorme entusiasmo entre los jóvenes. Yo vivía con un primo en su finca cerca de la pequeña aldea de Paynesville cuando me atacó la *fiebre mexicana*, como se la llamaba, haciéndome hervir la sangre en el pecho. Estaba loco por enrolarme en el ejército, pero dos obstáculos me lo impedían: No tenía caballo ni dinero para comprarlo. En ese entonces no había ferrocarriles ni líneas de telégrafo en Missouri. Para remate, me informaron que el ejército no me aceptaría, ya que sólo tenía dieciséis años de edad. La desesperación se apoderó de mí ante la perspectiva de una monótona vida de finquero.

Sin embargo, jamás perdí la esperanza de que sucediera algo que me llevara a tierras lejanas. Guardé, sí, mis sueños en secreto, no fuese que mi tutor me impidiera realizarlos. Día tras día me resbalaba a la pequeña

* Durante la niñez y adolescencia de Jamison, la región de Missouri era la frontera norteamericana, separada del Pacífico por las vastas e inhóspitas soledades del Oeste, que nominalmente pertenecían a México pero en realidad eran morada de los apaches y de otras tribus de indios salvajes. La derrota mexicana en la guerra de 1845-47 hizo cambiar de dueño esos territorios y los dominios de las barras y estrellas se extendieron a todo lo ancho del continente. Missouri sirvió entonces de portal para la conquista del Oeste hacia donde desfilaron cientos de miles de ávidos aventureros, atraídos a California por el descubrimiento de oro en el valle del río Sacramento en 1848. Como se verá adelante, Jamison fue uno de ellos.

aldea para escuchar ávidamente hasta el más mínimo detalle de las noticias del ejército. En una de tantas visitas, me enteré que el gobernador Edwards había dispuesto reclutar más tropas y que a un tal capitán Sallee, de Troy, condado de Lincoln, se le había encomendado la organización de una compañía de infantería. Yo soñaba con la caballería, con espuelas tintineantes, golpes sonoros de sable y una larga pluma en el sombrero, pero me resigné a ser soldado de infantería para no desperdiciar la oportunidad de ir a México.

Mi problema era cómo llegar a Troy, a treinta millas de distancia, antes de que se llenara el cupo del reclutamiento. Estaba sin un centavo y no tenía cabalgadura. Era un sábado, y ya al atardecer se me ocurrió que mi viejo amigo el doctor Easton, quien vivía dos millas al sur de Paynesville, podría prestarme un caballo sin preguntarme para qué lo quería. El doctor Easton era magnífica persona y bondadosamente accedió a mi solicitud cuando me le aparecí, tras haber caminado hasta su casa.*

Sali el domingo al amanecer y llegué a casa del capitán Sallee ya de tarde. Le dije mi edad, le conté de la larga distancia que había cabalgado para alistarme en el servicio de mi patria y le supliqué no rechazarme. Lo quedé viendo con indescriptible alegría cuando me contestó que me aceptaba, en prueba de lo cual allí mismo me tomó el juramento de enganche. El capitán Sallee me invitó a pasar esa noche en su hogar, lo que acepté gustoso pues no andaba un centavo en la bolsa para comprar comida, ni para mí ni para el caballo, por lo que pensaba regresar a casa esa misma noche.

Hice el viaje de regreso al siguiente día, lleno de esperanzas, pero, ¡caramba!, éstas se esfumaron muy pronto debido a que el Presidente enseguida revocó la orden de reclutar el regimiento. Era la mayor desgracia que me ocurría desde la muerte de mi padre, en 1845, cuando sus hijos quedamos distribuidos entre gentes extrañas.

Los relatos de tesoros me indujeron en la primavera de 1849 a atravesar las llanuras del Oeste rumbo a los yacimientos de oro de California. Cinco años más tarde, me encontraba trabajando en las minas de Georgetown, condado de El Dorado, cuando oí hablar de las batallas de Walker en Nicaragua. Mi sangre se recalentó de sólo pensar en las excitantes aventuras que me aguardaban si lograba unirme al ejército de Walker. Final-

* Jamison se refiere al doctor Christopher C. Eastin, y no Easton, quien, nativo de Kentucky donde radicara su familia, originaria de Virginia, se estableció primero en Clarksville y luego, en 1840, en Paynesville. *The History of Pike County, Missouri*, publicada en Des Moines, Iowa, por Mills & Company en 1883, lo considera "Un caballero de gran respetabilidad, íntegro e intachable, y médico de popularidad muy grande", p. 410.

mente fui a San Francisco, me puse en contacto con los agentes de Walker y el 5 de Diciembre de 1855 partí hacia San Juan del Sur en el vapor *Sierra Nevada* del capitán Blethen.* Esto fue un poco antes de la ruptura del gobierno de Rivas con la Compañía Accesoria del Tránsito.

A esa edad, yo contemplaba la vida con ojos extasiados; todo lo veía color de rosa y, rebosante de salud y vigor, no necesitaba ni pedía tregua al tiempo o a la fortuna — media seis pies una pulgada y pesaba ciento setenta libras.

El *Sierra Nevada* puso proa hacia aguas tropicales, con más de seiscientos pasajeros que regresaban a sus hogares en el Este; transportaba, además, un cargamento de oro en polvo cuyo valor ascendía a varios millones de dólares. La vida a bordo era deliciosa, hombres y mujeres felices por la ilusión de reunirse pronto con aquéllos de quienes se habían separado hacía largos años; y muchos, hasta entonces pobres y sin suerte, regresaban ahora con capitales que les aseguraban paz y contento para el resto de sus días.

En el vapor viajaba el capitán Norris con casi un centenar de hombres, la mayoría oriundos de Nueva York, quienes habían estado en los campos mineros y formaban un conjunto del demonio, todos con destino a Nicaragua al igual que otros cuarenta y seis de mi grupo. Al tercer día de navegación, los cuarenta y seis nos reunimos sobre cubierta en la proa para elegir a nuestros oficiales. Aunque yo era un extraño en ese grupo, pues no había visto más que a tres o cuatro de ellos antes de zarpar el *Sierra Nevada*, obtuve cuarenta y cuatro votos para el cargo de teniente y se me dio el mando de la compañía, en el acuerdo de que su capitán, de apellido Luke, viajaría en el próximo vapor. Charles Pierson fue designado subteniente y George Penrose subteniente honorario. Eso se hizo según la antigua táctica militar escocesa que prescribe tres tenientes para cada compañía de infantería. Fiscalizó la elección el coronel E. J. C. Kewen, abogado de San Francisco y hermano del coronel Achilles Kewen

* La prensa de San Francisco informó al día siguiente acerca de la partida del vapor *Sierra Nevada* el 5 de Diciembre de 1855: "AVENTUREROS NICARAGUENSES — El vapor *Sierra Nevada* llevó ayer cerca de doscientas cincuenta personas que piensan quedarse en Nicaragua. Un gran porcentaje de ellos son reclutas para el ejército de Walker. Varias compañías de reclutas bien equipados para prestar servicio militar fueron organizadas en esta ciudad y en el interior por el coronel Sutter, el capitán McNabb, el teniente Coy y el teniente Anderson. Los señores John Brady y William King, que estuvieron con Walker en la Expedición a la Baja California, iban entre los que salieron de esta ciudad para unírsele a Walker. Los nombres de los señores J. Kenny, coronel Estell, William Tindel y Frank Turk también se mencionaban. Entre los aventureros iban algunos que se proponen dedicarse a actividades agrícolas y comerciales".¹

muerto el 29 de Junio en la batalla de Rivas.*

El subteniente Pierson se había postulado para el cargo de teniente y mucho le contrarió su derrota. Andaba con un compañero llamado McDonald. Yo conocía a ambos de vista en las minas y estaba al tanto de que se sospechaba de ellos por el robo y asesinato de un marinero en los alrededores de Georgetown, crimen por cuyos culpables el Estado de California ofrecía mil dólares de recompensa. También había a bordo otros sujetos de reputación y conducta nada recomendables.

Al cabo de varios días y mientras el *Sierra Nevada* continuaba trazando sus blancas estelas de espuma sobre el Pacífico, el capitán Blethen envió por mí con apuro para decirme que mis hombres se aprestaban para allanar la despensa del barco, alegando el pretexto de que la comida era mala y escasa.

Bajé a saltos la escalerilla para tratar de impedir que mi gente penetrara por un pasillo angosto y oscuro que conducía a la despensa, al final del cual los esperaban varios miembros de la tripulación provistos de navajas, pistolas y cutachas, y dispuestos a abatir al primero que se acercara. Para aflicción mía, mi gente avanzó empujándome por delante, e instantáneamente me di cuenta de que, en aquella oscuridad, pronto estaría al alcance de las armas de la resuelta tripulación. Saqué mi cuchillo, única arma que portaba, y me volteeé contra mis hombres para contenerlos. Por fortuna, la voz del coronel Kewen se dejó oír en tan crítico momento anunciando, sobre el griterío de la gente, que el capitán le había dado seguridades de mejorar la comida durante el resto del viaje. La noticia se propaló de boca calmando los ánimos y yo quedé libre de mi involuntaria prisión.

Reuní a mis hombres para decirles que eran culpables de una grave falta; que los actos de violencia en alta mar, a bordo de un barco como el *Sierra Nevada*, podían ocasionar un enorme desastre ya que se ponía en peligro la nave y las vidas de los pasajeros, muchos de ellos mujeres y niños. Me prometieron no volver a amotinarse durante la travesía.

El teniente Pierson era obstinado y repetidamente propenso a desco-

* En la crónica del siguiente viaje del *Sierra Nevada*, que partió de San Francisco el 21 de Enero de 1856, se menciona entre los pasajeros al coronel Kewen y a otros individuos cuyos nombres se pronuncian en inglés casi igual a los que menciona Jamison. Dice el *Herald* el 22 de Enero: "AVENTUREROS NICARAGUENSES — El vapor *Sierra Nevada*, que zarpó ayer para San Juan llevó una cantidad inusitadamente grande de pasajeros que intentan quedarse en Nicaragua. Entre ellos iba una compañía de ciento veinticinco hombres, reclutada para el ejército de Walker, bajo el capitán S. J. Loop y el teniente Charles Parsons. El coronel E. J. C. Kewen y su esposa, y el doctor J. B. Phinney y señora, iban entre los pasajeros..."²

nocer mi autoridad, lo que hube de sufrir con tolerancia tácita ya que mis hombres aún no habían prestado juramento militar. Atendiendo los consejos del coronel Kewen, del capitán Blethen y de muchos de los pasajeros, hice caso omiso, temporalmente, a la insolencia de Pierson y de los pocos sometidos a su dominio.

Al atardecer del último día de viaje, casi a la vista de San Juan del Sur, el sobrecargo pidió que se escogiera una escolta de quince hombres para acompañar el cargamento de oro en el trayecto de San Juan del Sur a La Virgen, región infectada de bandoleros y foragidos, hasta dejarlo a bordo del vapor en el lago. Después de seleccionar a los miembros de la escolta, incluyendo como Sargento Ordenanza a Thompson, hombre valiente y honrado a quien en secreto le recomendé no despegar su vista del tesoro hasta dejarlo seguro en manos del agente en La Virgen, busqué cómo apelar al pundonor y a la dignidad que pudiesen quedarle a Pierson, ordenándole que él mandara la escolta.

Ningún pasajero sospechó de antemano la excitación y el alboroto que les aguardaba esa noche y sólo hasta el siguiente día cayeron en la cuenta del tremendo peligro corrido por el *Sierra Nevada* y cuantos íbamos a bordo.

A eso de la medianoche, el capitán Blethen me despertó para decirme que mis hombres habían allanado la despensa y estaban saqueando las provisiones del barco. Bajé a todo correr y me encontré al teniente Pierson, a McDonald y a cerca de una docena de mi compañía, junto con el capitán Norris y su gente, entregados a los peores actos de desenfreno y libertinaje — el piso estaba cubierto por los cascotes rotos de botellas de vino y de licores, y por los restos de frascos de conservas y de toda clase de víveres. La incursión había degenerado en una orgía de borrachos armados y desafiantes; uno se estremecía al pensar en las consecuencias que ese licencioso desenfreno podría acarrear, a medida que se excitaban más y más con el alcohol — un inmenso tesoro estaba a su alcance y no era del todo imposible que le pegaran fuego al barco, con todo y pasajeros, y luego escaparan.

Apenas hice acto de presencia cuando McDonald me esgrimió en la cara un revólver de Marina de seis tiros y acompañándolo de una maldición me gritó: “¡Salga de aquí; en esta pandilla no manda usted!” Obedecí al instante. Informé al capitán Blethen de que no consideraba prudente hacer nada para contener a los amotinados pues el menor intento podría resultar en la pérdida del barco y del pasaje. Al correr de las horas, los individuos sucumbieron al sopor de la intoxicación y el disturbio cesó.

A la mañana siguiente, al avistar San Juan del Sur en el horizonte, y deseando conciliar a mi gente y ponerlos en tierra lo antes posible, le dí

instrucciones al teniente Pierson respecto a la escolta, a lo cual replicó con insolencia que él no la mandaría. Entonces le di el mando al sargento Thompson.

Debido a la poca profundidad del agua, el *Sierra Nevada* fondeó a media milla de la costa. A petición propia fui enviado a tierra en el esquife del capitán e inmediatamente busqué al comandante de la plaza, teniente Rudler, le conté rápido lo sucedido y me dio un destacamento de soldados portando sólo revólveres pues los rifles habrían despertado sospechas. Al desembarcar la gente, cinco de los cabecillas del motín fueron apresados y llevados al calabozo, entre ellos McDonald. De momento, Pierson sólo fue detenido. A los pasajeros y el oro se les condujo sin tropiezos a La Virgen.

En San Juan del Sur estuvimos un corto tiempo a la espera de transporte, y el sargento Thompson, veterano de la guerra mexicana, lo aprovechó para iniciar a los soldados en sus primeras maniobras militares. Al formar filas la compañía, el teniente Pierson, aunque estaba detenido, ocupó su sitio como segundo en el mando.

El conocimiento de la milicia no abundaba entre aquellos oficiales y soldados, y como novato que era yo, desde el primer momento se me presentó un problema desconcertante. Por mera intuición, no creí que un oficial bajo arresto debiera aparecer actuando al frente de sus tropas, pero tampoco me hallaba completamente seguro de ello. Mi problema era decidir qué debía hacer yo. Si se desafiaba mi autoridad, sería un mal día para mí; eso yo lo sabía. Siguiendo un impulso del momento, degradé a raso al teniente Pierson y ordené al sargento Thompson que custodiado por un pelotón lo confinara en el cuartel. Eso surtió un efecto maravilloso sobre los revoltosos, y aunque después me di cuenta de lo ridículo de mi acción, ésta sirvió un propósito bueno y saludable.

Mi conducta durante todo ese episodio mereció la aprobación del general Walker, a quien sospecho le facilitó los detalles en privado el coronel Kewen. Cuando llegué a Granada presenté mi informe y el general Walker lo estudió con la mayor atención. No dejaba de preocuparme la incertidumbre, pues desconocía si, desde el punto de vista militar, había hecho o no lo correcto al degradar a raso a Pierson. Transcurrieron tres días sin recibir noticias del general Walker, y me encontraba descansando en el cuartel, cuando vi que se acercaba un estrafalario personaje cruzando la plaza a tremendas zancadas. Los pantalones le venían demasiado cortos y estrechos pero en su chaqueta brillaban relucientes los galones, un largo penacho ondeaba en el sombrero y su espada resonaba al golpear el pavi-

mento.

“¿Dónde está Jamison?” indagó con voz sonora y fuerte.

Seguro de que me esperaban problemas y sin pensar siquiera en la jerga militar, contesté todo nervioso: “Aquí estoy”.

Me ordenó presentarme al cuartel general, en donde Walker deseaba hablar conmigo. Yo iba temblando al entrar a la oficina y mi turbación se agigantó al encontrar reunidos a todos los oficiales del estado mayor. El general Walker se me acercó, diciendo: “Teniente, aquí tiene su nombramiento de teniente en el ejército de la República de Nicaragua”. Me entregó mi nombramiento con sus propias manos. Fui asignado a la Compañía D del Primer Batallón de Infantería.*

En el transcurso del tiempo, cuando prestaba servicio en San Juan del Sur, el capitán Blethen solía invitarme a su barco en cada arribo del *Sierra Nevada*, cortesía que siempre me resultó muy grata, no sólo por las excelentes viandas de su mesa, sino porque consideraba que en esa forma el capitán me mostraba su aprecio por un servicio que él sentía yo le había brindado.

McDonald, junto con otro de sus revoltosos y peligrosos compinches, fueron ejecutados por crímenes cometidos en la República. A Pierson se le dejó en libertad, asignándosele a otra compañía, pero sin rango. Su truculencia me obligó a un encuentro personal. Cierta sujeto llamado James Knox me preguntó un día respecto al rumor corriente de que Pierson era fugitivo de la justicia californiana. Con todo cuidado y explícitamente, le dije que lo único que yo sabía era que en Georgetown robaron y asesinaron a un marinero; que las sospechas del crimen recayeron sobre Pierson y McDonald; y que el Estado de California ofrecía una recompensa a quien aprehendiera a los asesinos. Knox le repitió a Pierson lo dicho por mí, pero posiblemente alterándolo.

Me encontraba un día en la plaza platicando con Morgan, edecán del estado mayor del general Walker, cuando se me acercó Pierson y me preguntó enojado, si yo andaba contando cuentos acerca de su persona. Le

* El *Sierra Nevada* que salió de San Francisco el 21 de Enero de 1856 arribó a San Juan del Sur el 3 de Febrero a las cuatro de la mañana.³ *El Nicaraguense* del sábado 9 de Febrero informó de la llegada del vapor, con el coronel E. J. C. Kewen y el complemento de un gran número de reclutas de San Francisco, además de veinte damas, incluyendo a la esposa del coronel; “los reclutas de San Francisco bajo el mando del capitán Norris fueron incorporados a la Compañía D” y “Mr. Jamison” fue nombrado Primer Teniente en el ejército.⁴ Los nombres de Parsons, Pierson, Loop y Luke no figuran entre los oficiales. En conclusión: Los documentos de la época indican que Jamison viajó a Nicaragua en el *Sierra Nevada* que zarpó de San Francisco el 21 de Enero y arribó a San Juan del Sur el 3 de Febrero de 1856. Dicho sea de paso, el capitán del *Sierra Nevada* se apellidaba Blethen.

respondí que no y le repetí lo que le había dicho a Knox. Yo estaba seguro de que Pierson andaba armado y buscando camorra, y cuando me llamó embustero al punto desenfundé mi pistola y le disparé, pero Morgan me haló el brazo al momento de apretar el gatillo. La bala perforó el sombrero de Pierson quien, para sorpresa mía, andaba desarmado; rápidamente corrió al cuartel en busca de su pistola, la cual encontró descargada. Al intentar cargarla, con la excitación se le disparó accidentalmente y el proyectil le deshizo el codo izquierdo, requiriéndose su amputación para salvarle la vida.

Poco después de nuestro arribo a Granada nombraron comandante de mi compañía al capitán "Tom" Everts y nos enviaron a la isla de Ometepe, en el Gran Lago de Nicaragua, para sofocar ciertos disturbios de la población indígena.* Enseguida pasamos a Masaya, ciudad de 12,000 habitantes, en el camino a León, y allí nos encontramos en una población compuesta casi exclusivamente de indios.** Masaya se abastecía de agua de la laguna de su mismo nombre, y la trepaban en vasijas por una tortuosa escalera de piedra de quinientos pies de altura, hasta el nivel de la ciudad. Yo vi a las mujeres indígenas ascender esos escalones, con un recipiente en cada mano y otro equilibrado sobre la cabeza, sin derramar una sola gota.

A las pocas noches de haber llegado, nuestra guarnición se despertó como a las dos de la madrugada a causa de un terrible retumbo seguido de una serie de detonaciones que nos pusieron los pelos de punta. Nadie entre nosotros sabía la existencia de un volcán al otro lado de la laguna de Masaya. El volcán tenía muchos años de estar en reposo, pero mientras nosotros dormíamos, de repente entró en actividad con un estrépito mayor al que hubiera hecho un largo convoy de ferrocarril de estrellarse de frente contra las paredes de nuestro cuartel. Los centinelas dispararon al aire y todos corrimos a empuñar las armas, presumiendo que el enemigo nos atacaba en fuerza con artillería pesada. Presas aún de febril excitación, nos calmamos al aparecer el padre Sutro y el Alcalde, quienes nos

* Thomas P. Averett ascendió de teniente primero a capitán y recibió el mando de la compañía de Jamison, el 9 de Febrero, en la misma fecha en que éste fue nombrado teniente.⁵ En inglés, Averett y Everts se pronuncian casi como homófonos, lo cual explica la confusión ortográfica entre ambos textos.

**La fecha exacta la da el Ministro de los Estados Unidos, John Hill Wheeler, quien escribió en su diario el sábado 23 de Febrero de 1856: "...llegamos a Granada como a las seis de la tarde, precisamente cuando salían las tropas del capitán Thos P. Everett para Massaya".⁶ Una semana más tarde, *El Nicaraguense* informa: "El capitán Thomas J. Averett, el teniente primero James Jamison y el teniente segundo H. Clay Hall, de la Compañía E, con alrededor de 42 hombres están de servicio en Massaya, a doce millas de Granada. Esa plaza se considera una de las más saludables en el Estado y los muchachos parecen estar perfectamente satisfechos de su nueva ubicación".⁷

comunicaron que todo el fenómeno se debía a una erupción del volcán Masaya.*

Estando en Masaya presencié las fiestas anuales de San Jerónimo en Marzo, a las que concurrieron muchos miles de nativos. Hacía ochenta y cuatro años había hecho erupción un volcán cercano a la ciudad, y el torrente de lava destruyó la vegetación y causó la muerte de numerosas personas en una extensa zona de muchas millas de longitud. Los incultos y supersticiosos nativos recurrieron a todos los medios disponibles para aplacar la ira divina, que veían manifiesta en tamaña calamidad, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos hasta que llevaron en procesión al cementerio de Campo Seco, un sitio desde el cual se aprecia el volcán, a una preciosa imagen de la Virgen María, interponiéndosela a los rayos y truenos del monstruo. Casi al instante cesaron las convulsiones terráqueas y desde entonces, en la misma semana de Marzo, la ceremonia se repite año con año.

Durante esa Semana Santa nadie puede andar a caballo por las calles, si no es con un permiso especial o a petición del señor cura de Masaya. Las calles y los caminos que conducen a Campo Seco se alfombran, en capas de varias pulgadas de espesor, con las bellas flores que abundan en esa región tropical.**

* Esa erupción del volcán Masaya ocurrió el domingo 2 de Marzo en la madrugada y *El Nicaraguense* narra el incidente: "TENTATIVA DE SOFOCAR UN VOLCAN — El sábado en la noche, mientras los soldados destinados en Masaya descansaban de las fatigas del día, el volcán Masaya — o el 'Infierno de Masaya' como hondamente lo evocan los nativos — comenzó a hacer una animada serie de erupciones. Pensando que se trataba de un ataque chamorrista sobre la ciudad, el centinela disparó su fusil para alertar a la guarnición y el capitán Averett rápidamente movilizó sus tropas a fin de sofocar el tumulto. Después de investigar con calma la causa de la alarma, se juzgó que la conmoción era demasiado poderosa para que la silenciaran las tropas disponibles en el lugar y por consiguiente todos decidieron regresar a la cama mientras llegaban refuerzos".⁸

En otro artículo, *El Nicaraguense* agrega: "ATAQUE 'BRUTAL' — En nombre de los soldados de la Compañía E, de guarnición en Masaya, el teniente Hall nos asegura que las tropas de ese lugar no se consideraron incapaces de sofocar al volcán Masaya durante sus recientes conmociones; el único motivo que les hizo desistir de sus propósitos fue el respeto que sentían por el anciano transgresor. La Compañía E se creó en completa capacidad, bajo los oficiales que la comandan, de sofocar cualquier disturbio que pueda presentarse en los alrededores de Masaya. Nosotros depositamos nuestra entera confianza en el teniente Hall y le aconsejamos al volcán que se esté 'quedado' [en español, en el original]".⁹

**Jamison se confunde e incurre en varios errores de apreciación, todos comprensibles al relacionar los detalles. Los "ochenta y cuatro años" transcurridos desde la antigua erupción están correctos, ya que ocurrió el 16 de Marzo de 1772 y ochenta y cuatro años después, el 16 de Marzo de 1856, Jamison se encontraba en Masaya. También es correcto que la procesión de la Virgen se celebra anualmente en Masaya en esa fecha, que ese año coincidió con el Domingo de Ramos, comienzo de la Semana Santa;¹⁰ eso hizo que, para Jamison, la procesión de la Virgen y la Semana Santa fueran una sola cosa. Por otro lado, las fiestas pa-

El Padre Sutro, anciano y amado patriarca de la parroquia, dijo un sermón en Campo Seco, y de ese sacerdote obtuve la mayoría de los datos referentes a la leyenda. El Padre Sutro nos pidió al teniente H. Clay Hall y a mí que acompañáramos la procesión a caballo, uno a cada lado de la carroza en que iba la imagen de la Virgen, empuñando cada uno su espada desnuda con la punta hacia el suelo al costado del caballo. Guardo la creencia de que no menos de cincuenta mil almas concurrieron a las festividades en esa ocasión y que las sargas de flores regadas en las calles, caminos e iglesias, no habrían cabido en cien furgones.*

A poco de estar en Masaya, el capitán Everts murió de fiebre amarilla y el mando de la compañía recayó sobre mí persona.** Aunque reinaba la tranquilidad y en el departamento no había un solo cuerpo hostil armado, fuera de sus límites ocurrían movimientos excitantes y peligrosos.

tronales de San Jerónimo de Masaya, con su respectiva procesión, se celebran el 30 de Septiembre, fecha del cumpleaños de Jamison, pero éste ya no estaba en Masaya para entonces, según se verá más adelante. Indudablemente oyó hablar de la fiesta de San Jerónimo y, por su mal español, entendió que así se llamaba a la Semana Santa. Por lo tanto la procesión de la Virgen, las procesiones y ceremonias de la Semana Santa y la fiesta de San Jerónimo, son, en su relato, un mismo ritual.

* Aunque el espesor de la alfombra de flores está fragantemente engrosado por Jamison, y aunque en la Masaya de nuestros días ya la vista no se deleita con sus legendarios jardines, nuestros abuelos llamaban a Masaya *La Ciudad de las Flores*. Las "cincuenta mil almas" que concurrieron a sus festividades religiosas parecen una multiplicación jamisonniana: Su edad, el número de las décadas transcurridas hasta escribir su relato y el sinnúmero de veces que lo narró a sus amigos de Missouri y Oklahoma, sumaron en la memoria del viejo general unos cálculos románticos, a la redonda. En cuanto al padre Sutro, su verdadero nombre era el "Sr. Cura y Vicario Pro. D. Leandro Zurita".¹¹ Zurita era un apellido desconocido para Jamison y, al escucharlo, le sonó como *Sutro*, nombre bien conocido en San Francisco. Igual cosa le sucedió con el Campo Santo de Masaya; escribió *Campo Seco* porque así se llamaba una población minera en California.

**El obituario no se encuentra en *El Nicaraguense*, pero en el diario del Ministro Wheeler figura este asiento: "Sábado 22 de Marzo de 1856 — ...llegamos a Masaya a la diez de la mañana. Estando nosotros allí, el pobre capitán Thos Everett murió de fiebre amarilla... Salimos a las tres de la tarde y llegamos a Granada a las seis..."¹²



EL BAJADERO DE MONIMBO, 1977.

MASAYA Y LA VIRGEN DEL VOLCAN : 1772 - 1977



"Enseguida pasamos a Masaya, ciudad de 12,000 habitantes, en el camino a León, y allí nos encontramos en una población compuesta casi exclusivamente de indios. Masaya se abastecía de agua de la laguna de su mismo nombre, y la trepaban en vasijas por una tortuosa escalera de piedra de quinientos pies de altura, hasta el nivel de la ciudad. Yo vi a las mujeres indígenas ascender esos escalones, con un recipiente en cada mano y otro equilibrado sobre la cabeza, sin derramar una sola gota" (p. 88).



PROCESION DE MAGDALENA, 1977.



"Estando en Masaya presencié las fiestas anuales (...) en Marzo (...). El padre Sutro nos pidió al teniente H. Clay Hall y a mí que acompañáramos la procesión a caballo..." (pp. 89-90).

La procesión de la Virgen del Volcán que acompañara Jamison, continúa celebrándose en Masaya todos los años el 16 de Marzo. En la actualidad son dos las procesiones: una (arriba) de la iglesia de Magdalena, en el barrio indio de Monimbó, y otra (abajo) de la parroquia, en el centro de la ciudad.

PROCESION DE LA PARROQUIA, 1977.

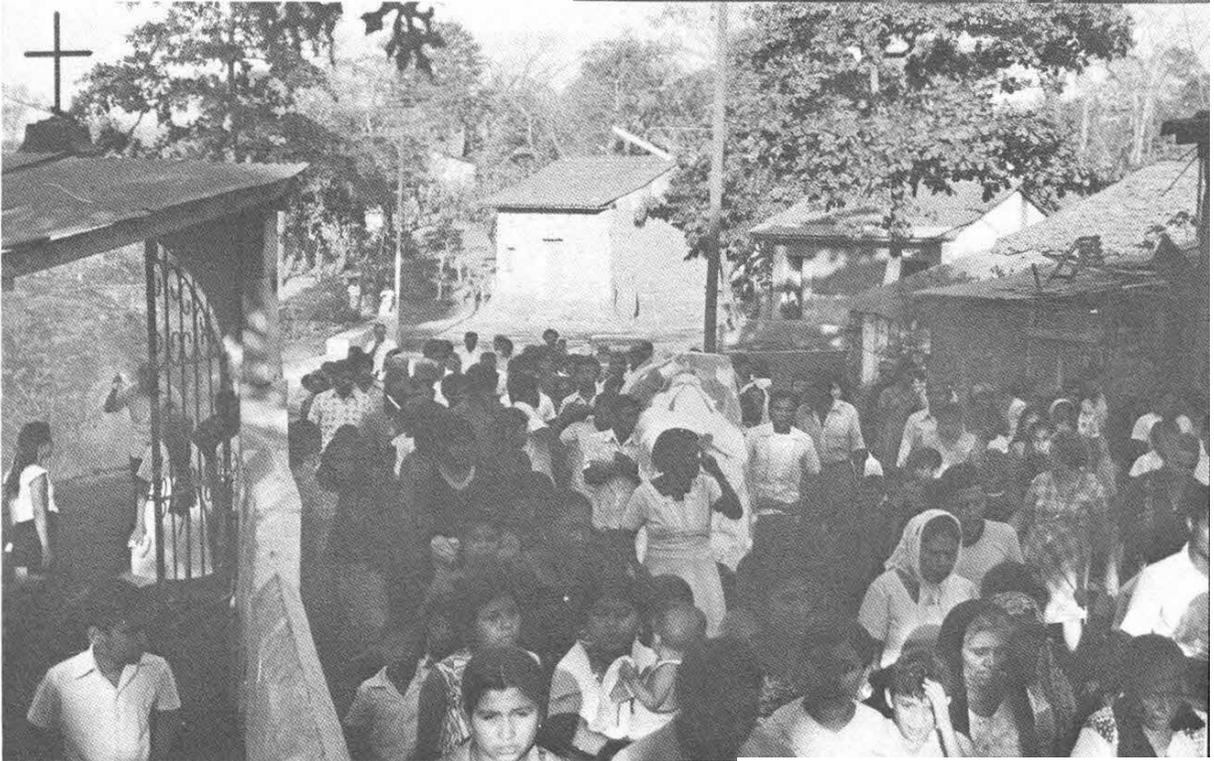
IMAGEN DE LA PARROQUIA, 1977.

"...llevaron en procesión al cementerio de Campo Seco, un sitio desde el cual se aprecia el volcán, a una preciosa imagen de la Virgen María..." (p. 89).

La imagen de la fotografía (derecha) se venera en el templo parroquial de Nuestra Señora de la Asunción.

La procesión de la iglesia de Magdalena pasa en su recorrido (abajo) junto al actual Cementerio del Pueblo.

PROCESION DE MAGDALENA, 1977.





Situado al borde de los farallones de la laguna y frente al volcán, el antiguo cementerio a que se refiere Jamison desapareció en fecha reciente. Las ceremonias religiosas del 16 de Marzo continúan, sin embargo, celebrándose en el mismo sitio, como puede verse en esta fotografía tomada en 1977. La modesta mesa enflorada espera a la Virgen de la Parroquia.

[7] Capt. Thomas J. Averett, First Lieutenant James Jamison, and Second Lieutenant H. Clay Hall, of Co. E, with about 42 men, are stationed at Massaya, twelve miles from Granada. The post is considered one of the healthiest in the State, and the boys appear perfectly satisfied with their new position.

"... el teniente James Jamison (...) está de guarnición en Massaya..." ("El Nicaraguense", 1-III-56).

"... el volcán Massaya —o el 'infierno de Massaya' como hondamente lo evocan los nativos— comenzó a hacer una animada serie de erupciones..." ("El Nicaraguense", 8-III-56).

ATTEMPT TO SURPRISE A VOLCANOE.—On Saturday night, as the soldiers stationed in Massaya were resting from the fatigues of the day, the volcano of Mas-saya, or as it is profoundly entitled by the natives the "Hell of Massaya," commenced a lively series of explosions. The sentinel, concluding the Chamoristas were upon the town, fired off his musket to alarm the garrison, and Captain Averett promptly turned out the troops to suppress the disturbance. After a calm investigation into the cause of the alarm, it was concluded that the row was a little too strong to be muzzled by the troops stationed at that point, and consequently all hands retired to bed to await for reinforcements.

FUENTES

- ¹ *Daily Herald*, San Francisco, 6 de Diciembre de 1855, p. 2, c. 1.
- ² *Ibid.*, 22 de Enero de 1856, p. 2, c. 2.
- ³ *Ibid.*, 20 de Febrero de 1856, p. 2, c. 2.
- ⁴ *El Nicaraguense*, 9 de Febrero de 1856, p. 1, c. 2; p. 2, c. 2; p. 2, c. 4; p. 2, c. 5.
- ⁵ *Ibid.*, p. 2, c. 5.
- ⁶ Wheeler, "Diary, 1854-56", 23 de Febrero de 1856.
- ⁷ *El Nicaraguense*, 1 de Marzo de 1856, p. 2, c. 4.
- ⁸ *Ibid.*, 8 de Marzo de 1856, p. 1, c. 3.
- ⁹ *Ibid.*, 15 de Marzo de 1856, p. 1, c. 2.
- ¹⁰ Wheeler, "Diary, 1854-56", Domingo 16 de Marzo de 1856, ("Palm Sunday": Domingo de Ramos).
- ¹¹ *Boletín Oficial*, León, 6 de Diciembre de 1856, p. 1, c. 2.
- ¹² Wheeler, "Diary, 1854-56", 22 de Marzo de 1856.